

**NARCISO POUSA**

**EL MUNDO DE  
LOS SANTOS PADRES**



FUNDACION INSTITUTO DE TEOLOGIA  
LA PLATA

Ediciones de la Fundación

Instituto de Teología de La Plata

### **Evocaciones Patrísticas**

Cuaderno 1, diciembre 1977:

JUAN CARLOS RUTA, **La Escuela de  
Alejandría.**

Para informes, canje o correspondencia  
dirigirse a:

Fundación Instituto de Teología

Calle 15 N° 989

1900 La Plata (Buenos Aires)

Rca. Argentina.





# *EVOCACIONES PATRISTICAS*

**2**

*CON LICENCIA ECLESIASTICA*

**NARCISO POUSA**

EL MUNDO DE  
LOS SANTOS PADRES



FUNDACION INSTITUTO DE TEOLOGIA  
LA PLATA





*La Fundación Instituto de Teología de La Plata continúa su plan de publicaciones, destinado a difundir el fruto de la labor realizada en el Instituto.*

*La serie Evocaciones Patristicas es proyección de un ciclo actual sobre los Santos Padres, iniciado en 1975. Aunque revisadas por sus autores, se ha deseado conservar el tono y forma de las conferencias.*

*Su finalidad es la de iniciar, al más amplio y variado público posible, en el conocimiento de los Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos de la Iglesia, con la esperanza de despertar la inquietud de su frecuentación y ahondamiento.*

*Como se irá viendo en sucesivas entregas, señalase muchas veces la semejanza entre nuestra época y la de los Santos Padres. Queriendo significar que, al contacto con esos "grandes corazones", puede hallarse la fuerza y el aliento para evangelizar un mundo que, más allá de negar a Dios, clama por El.*

*Sin pretendido rigor científico, estos Cuadernos llevan una inspiración apostólica. En tal sentido, emprendimos la tarea.*



Señoras, señores:

Trataré de recordar el mundo al que fueron convocados y en el que desarrollaron su ardua tarea los Santos Padres de la Iglesia de Cristo. Pilares sobre los que se edificó la fe futura, raíces de nuestro amor vivo por Cristo, y a través de los cuales fluye savia siempre nueva y nutricia para la Iglesia toda. Los Santos Padres fueron como fuerzas de la naturaleza que Dios suscitó en épocas ateridas de necesidad, para defender y proclamar su Eterna Palabra.

Evocar un mundo significa algo diferente del recuento de un conjunto enumerado de hechos. Llámase mundo a toda la "circunstancia" que se halla en relación con el que vive. Ya sea cómo meta de sus afanes, o como término a rehuir de su conducta. El hombre tiene **mundo**, el animal "medio" o ambiente.

Los siglos primeros del cristianismo, mirados y vividos como si fuéramos sus contemporáneos, provocan en nosotros temor, y debieron producir en su momento gran confusión en el ánimo de aquellos hombres. Fueron años de abandonar la concepción política meramente ciudadana de la vida, para adoptar la óptica del "Gran Imperio". Del Imperio **Urbi et Orbi**. El Imperio era algo más que una realidad geográfica y política; incluía una vastedad abigarrada de pueblos, de costumbres, religiones, creencias, supersticiones, etc. Si bien por un lado representaba la **Pax Romana**, por otro, era causa de la **insecuritas** de quien tenía que adaptarse a nuevas instituciones, nuevas concepciones filosóficas, cuyo debate y embate incluía lo social, lo político, lo económico y también lo ideológico.

Allí, en pleno vórtice de la tempestad, de las voces revueltas que proclamaban –inconscientes– el vacío de Dios, aparecieron serena y firmemente estos hombres. Tenían la apariencia de aportar una verdad provinciana y excéntrica. El paladar antiguo estaba estragado por la cuota de "misterios", ya consumida. Y sin embargo (¡oh paradoja del grano de mostaza!), ellos eran portadores de una chispa que iba a incendiar al mundo. Esa es la ironía de lo pequeño, que está destinado a crecer hasta invadir el universo.

## CUALIDADES ESENCIALES

Se llama Santo Padre a aquel cuya doctrina fue enseñada como maestro. Más exactamente, como verdadero padre. San Pablo en la Primera Epístola a los Corintios dice: "Porque aunque tengáis mil preceptores en Cristo, no tenéis muchos padres, pues quien os engendró en Jesucristo por el Evangelio, fui yo".

Los Santos Padres son progenitores espirituales de la Iglesia. Son la raíz y el vehículo por donde llega la Palabra que crece, por donde llega Cristo iluminando y desplegando su enseñanza en infinitos matices insospechados, en sutilezas del pensamiento, inadvertidas en un primer momento; capacidades inconcebibles del sentimiento, y de tantas otras regiones interiores de la condición humana.

Los Santos Padres de la Iglesia, para ser tenidos en tal categoría, necesitan reunir cuatro cualidades esenciales: 1ª, han de haber profesado una doctrina ortodoxa; 2ª, haber llevado vida santa; 3ª, haber existido en la antigüedad o a principios de la edad que le sigue; 4ª, haber expresado por escrito su doctrina.

La Iglesia distingue de ellos a los llamados "Escritores Eclesiásticos", los cuales, a pesar de pertenecer a la misma época, no cumplen con alguno de los requisitos antedichos. No obstante lo cual, igualmente pueden ser leídos como parte del tesoro suscitado por la cultura cristiana, aún cuando para la Iglesia no se revisten con el carácter doctrinal de Padres.

También distingue la Iglesia el hecho de que entre los Padres haya algunos exaltados al grado de **Doctor**. Los doctores de la Iglesia deben tener las condiciones exigidas a los Padres (aunque pueda pasarse por alto la de la antigüedad). Doctores de la Iglesia son San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio Magno. Después ha habido muchos otros como Santo Tomás, San Bernardo, Santa Teresa de Avila.

La Iglesia Griega da gran importancia a los llamados "Grandes Maestros Euménicos", entre los cuales ha puesto a San Basilio el Grande, San Gregorio Nazianceno, y a quienes Roma reconoce agregando empero, a San Atanasio.

Estos Santos Padres, cuya dedicación, cuya vigorosa paideia va impulsando a crecer a la pequeña planta cristiana, hacen su aparición a lo largo de un fenómeno histórico paralelo: El horizonte dentro del cual van incluídos, y que abarca esa larga, terrible y convulsiva decadencia agónica del gran Imperio Romano.

201

## EL IMPERIO

Un mundo centralizado por la fuerza. Estructurado institucionalmente en una violenta unificación, y gobernado con criterio imperial. He ahí el ámbito de nacimiento del cristianismo. Si bien la aparición de esta religión tiene una localización excéntrica, pues la vieja provincia de Jerusalén representaba muy poco dentro de la economía imperial.

El Imperio comenzó como una empresa de hombres con visión monumental, guerreros de la talla de un Pompeyo, Escipión, Germánico, César. Pero el espíritu que los alimentaba desembocó con el tiempo en inconvenientes técnicos insalvables: por un lado las largas distancias que tornaban las comunicaciones difíciles, y los intercambios azarosos; por otro, el desarrollo económico que llevaba una tasa inflacionaria incontinente, que desgastaba la Institución imperial y la tornaba cada vez más despótica y anti-popular.

El panorama socio-económico se agrava con la complejidad de los mecanismos de producción y de comercialización. Por el esclerosamiento de las vías de flujo y reflujo de las riquezas. La tendencia a la masificación urbana, con el consiguiente porcentaje de contaminación ambiental. La vida se torna insalubre espiritual y biológicamente.

Grandes ciudades, cerrados cuerpos edificados siguiendo una imprevisora urbanización irregular y asfixiante. Enormes construcciones de hasta seis pisos (sin ascensor, desde luego), en cuyos cubículos hacinados duermen precariamente las gentes, para después huir las más de las horas de los hedores intolerables de esas "moradas" sin elementos sanitarios, y cuya cloaca pasa por corredores y escaleras, sin higiene ni decoro. Además, peligrosas por los posibles incendios que se propagan de manera impresionante en la época invernal, los cuales aunque

previsibles resultan siempre inatajables. Ello era fácil de entender puesto que la calefacción en esos desmesurados abigarramientos urbanos, en esas "ínsulas" o manzanas — como decimos en el Río de La Plata — era a base de calderas a leña o a fuego de carbón.

Estas ciudades expulsaban de su ámbito, hacia las villas campestres, a las familias grandes, de recursos poderosos. Primero, a las zonas más próximas a las ciudades. Luego, con el desastre ecológico, se irán alejando progresivamente. Este proceso es uno de los que más corroyeron el poder del Estado, pues los principales contribuyentes, al huir de los centros urbanos, también se alejan de las tasas fiscales (cuya cobranza se torna entonces técnicamente imposible), porque los señores con su "familia" se hacen fuertes en sus cotos y Castros.

Durante los siglos V, VI, en los cuales la compleja estructura del Imperio de Occidente se derrumba (576, Romulus Regus) en función de la irrupción de masas bárbaras que recorren el cuerpo del imperio sin encontrar resistencia, se consuma el aniquilamiento y desarticulación del colosal estado fundado por Rómulo y Remo.

## EL CRISTIANISMO NACIENTE

Todo este proceso que nos habla de un Imperio que se tomó un largo tiempo para morir de su dura muerte, también nos dice, que es el duro tiempo que se tomó el cristianismo para nacer como religión universal. Por entre las resquebrajaduras de las paredes que ceden, aparece la sorprendente flor de una planta nueva que se hace símbolo de amor, de humildad, de redención, de pureza. Una planta que quedará desde entonces y para siempre adherida al nombre de Roma.

De entre la confusa población urbana, la de los esclavos será la primera convocada al nombre del Señor: "Venid a mí los que tenéis hambre y sed de justicia". "Venturosos los pobres de espíritu, porque ellos heredarán la tierra".

El cristianismo, que nació en medio de un mundo aglomerado por la fuerza, heredará esa vocación de unidad. Pero de la unidad en el Amor. Unidad en la diversidad que crea la Universalidad (**Katholiké**). El "imperium" de Cristo es el

imperio del perdón y la caridad, y llama a los hombres a la unidad a través de esa dulce vía secreta.

Como todas las doctrinas de la época, el cristianismo se inicia mostrando una doble vertiente: por un lado la tradición oral (esotérica), que corre a través de la vía apostólica (enseñanzas recibidas directamente de Cristo por los apóstoles y sólo recogidas oralmente), y por otro lado, lo que llamaremos el exoterismo, lo que se escribe y se publica, y que va formando un **corpus**, primero apostólico, luego exegético, y más tarde apologético contra todos los ataques y las desviaciones que tientan a los espíritus posteriores.

Desde el siglo I en que aparecen, los Padres muestran una actitud viril, decididamente polémica con las costumbres del mundo que los condiciona, ya sea en las comunidades del oriente medio, de Egipto o Grecia o la misma ciudad romana. Ese temple del amor viril del que defiende con su vida aquella meta que ama. Definen y combaten, distinguiendo para denunciarlo lo que va asomando en el horizonte que resulte pernicioso a la enseñanza de Cristo.

La gente de la urbe tomaba una doble actitud frente a las "verdades" religiosas. Si la "élite", la gente de poder y la aristocracia se habían entregado a un escepticismo absoluto, a un descreimiento al que se mezclaba una actitud supersticiosa, en cambio la población baja, caótica y canalla por un lado, también se mostraba humilde, sufrida y esperanzada por otro.

## FILOSOFIA Y RELIGION ALEJANDRINA

La tesis de Epicuro de que los dioses existen, pero allá lejos, muy arriba, sin interesarse por los asuntos de los hombres, porque tienen preocupaciones más graves que los minúsculos ajetreos humanos, ejercía una formidable fascinación en las mentes romanas. De allí extraía Epicuro un ideal de vida que consistía en la exaltación de la amistad (**filía**), unión y amor entre los seres humanos. Pero dejaba sin saciar la sed de absoluto que anida en todo corazón de hombre.

Así, la misma "élite", contradictoriamente, se muestra ávida en la búsqueda de la Verdad, importando de culturas lejanas todas las ideas filosóficas, creencias

y cultos que las religiones profusas del continente asiático y el Africa proveen abundantemente. Resulta significativo el hecho de que los romanos nunca le dieron mucha importancia a las religiones de los pueblos de las regiones atlánticas, u occidentales. Con respecto a los Celtas y a los Druídas, tuvieron un comportamiento que revelaba una extrema desconfianza. En cambio, se volvieron hacia Oriente en pos de las verdades religiosas a que ellos aspiraban.

Esos espíritus estaban preparados, aclimatados por una filosofía que había elaborado esa mentalidad: el platonismo. (Sin duda las grandes filosofías de la época son: el platonismo pitagorizante, el epicureísmo, el estoicismo, el atomismo materialista de Lucrecio, y por último la mística de Plotino). Todo este vasto horizonte de pensamiento provocará primero un rechazo en los Santos Padres; luego intentarán el diálogo, más tarde la polémica, para terminar — en ciertos casos — en una simbiosis, que finalmente asimilará esta tradición cultural al cristianismo.

El platonismo de la época se divide en dos corrientes: una fundamentalmente religiosa, imbuída del pitagorismo que ya figuraba en la base del pensamiento originario de Platón. La otra, predominantemente relativista y escéptica, centrada en la figura de Carnéades.

Había ocurrido en el mundo alejandrino (en el mundo "helenístico-romano"), que los dioses cívicos, protectores de las ciudades-estado, dejaron de ser considerados dignos de fe por los creyentes ante el fracaso sufrido. Se apartaron de esas deidades que no supieron proteger a sus pueblos de la oleada invasora del Imperio. Ni defendieron las ciudades, ni le ofrecieron al hombre un sentido para explicarse la catástrofe que para esos habitantes sobrepasaba todo lo comprensible, pues la magnitud de lo inexplicable abarcaba al universo entero. Por tal motivo recurrieron a explicaciones de tipo individual, o sea a religiones individualistas.

A estas religiones de tipo individualista, el pensamiento de Platón les había abierto un camino: pues enseñaba que el dios cósmico era un dios ordenador, un Principio racional que implantaba el Orden del cosmos. Un demiurgo que producía el alma cósmica, y que podía ser invocado y adorado como Dios. Al mismo tiempo, señalaba la existencia de un dios hipercósmico, en un más allá donde permanece como Ser, Verdad, Belleza intangible. Como un supremo ideal para el hombre que aspira a elevarse hasta tales impensables alturas.



Los antiguos pensaron siempre a los dioses como perfección que desafiaba a la aspiración desmesurada del hombre. Los dioses eran la meta del hombre. Los amaban como se ama aquello con lo cual se identificaban, o como aquello cuya perfección se anhela alcanzar.

El Amor, para ellos, era la carencia, que provoca en nosotros el deseo de poseer. Los griegos hallaron que el mundo tenía sentido, en la medida en que lo que estaba abajo, amara a lo que era superior jerárquico. Pues se suponía que era lo más valioso. Era normal amar a los dioses. Pero lo que jamás pudieron entender era que Dios amara al hombre. Tal fue el enigma que el cristianismo les planteó, un puente que se les hizo difícil de atravesar: no podían entender el amor de "lo mejor" hacia "lo menos bueno". ¿Cómo Dios aceptaría sacrificarse para redimir la naturaleza caída, y a su criatura empecatada en la negación pertinaz? No entendían el amor divino como movimiento de compasión por lo perecedero, el hombre. El Dios cristiano que sube a la cruz para la salvación del mundo, era incomprendible y motivo de escándalo para el griego y en general para el pagano.

Otro aspecto, terrible por su seducción sobre las mentes de la época, lo consistió la afirmación que Platón heredó del pitagorismo, sobre el origen celeste del alma, que fundamentaba su inmortalidad. Es de hacer notar la contradicción con el cristianismo: para el cual el hombre, en todos los aspectos que se le considere, es **creatura**, por lo tanto Dios se distingue sustancialmente de su creación y puede destruirla. Pero el platonismo llegó a ser la fuente de un dualismo "alma - cuerpo", "espíritu - materia", que terminaba la serie con el dualismo "Bien - Mal", que entronizaba al Mal como Principio eterno.

Por todas estas doctrinas, el platonismo — que ejerció una gran influencia sobre el pensamiento cristiano de entonces— fue, además, origen de graves desviaciones y herejías que sacudieron el cuerpo de la Iglesia naciente. Y es como el veneno perdurable del paganismo que se resistía a morir.

Las grandes filosofías se habían constituido en "sabidurías": intentaban descifrar el misterio de la vida humana, descubrir su sentido oculto y, en consecuencia, responderle al hombre cómo debía vivir para salvarse. Porque el problema era encontrar la vía de salvación. Evadirse, emerger de un universo

que era angustioso para el individuo, para el pueblo sin nombre. Si bien esa salvación la buscaban por las vías místicas, las vías religiosas, también lo hacían por los senderos de la filosofía transformada en sabiduría.

El estoicismo es una de esas grandes filosofías que arrancando de Grecia (Zenón de Citia) se desarrolla a lo largo de todo el período helenístico-romano, y llega hasta nuestros días a través de la influencia de un Séneca sobre toda la modernidad. La gran ascética cristiana reconoce su influencia. Es posible que el estoicismo tenga una proximidad mayor que lo platónico a las doctrinas propias del cristianismo. Se acerca en tanto pone la exigencia de un ejercicio de autodominio ascético de todas las inclinaciones desmesuradas; se acerca en la consideración de una Providencia, siempre atenta y vigilante ante el avatar mundanal. Pero se aleja en cuanto a la consideración de universo dirigido por leyes inexorables y una identificación final del Dios con el Universo. Se aleja también al considerar que la liberación de todas esas leyes inexorables a que nos somete la vida, el destino, la naturaleza, consistirá simplemente en aceptar esas leyes, ese destino, como voluntad propia; en asimilar esas leyes, y hacerlas nuestros principios de la acción.

Es decir: todo lo que nos ocurre lo aceptamos como si lo hubiéramos querido. Y al aceptarlo, logramos nuestra liberación porque creamos en nuestro interior una resignación, una ausencia de turbación que se llama **ataraxia**, una ausencia de miedo que se llama **aponía**, que nos torna impávidos ante las alternativas sorprendentes del destino. Y aceptamos a la Fortuna (**Tyché**) como una diosa dispensadora de toda suerte variable. Ya sea que nos mande el colmo de la dicha, o nos agobie con el colmo de calamidades públicas o privadas. Por lo tanto, tenemos que mantener esa ecuanimidad liberadora.

La liberación que predica el estoicismo consiste básicamente en considerar que la vida está constituida esencialmente de dolor, y que lo que nos queda por aspirar es a no dejarnos engañar por las tretas felices o dolorosas que ella nos tiende, y abstenerse manifestándose por encima del engañoso don de la vida. Esta concepción filosófica coincide con el epicureísmo en su aspiración a esa falsa superación.

Epicuro había formulado en su "Tetrafármaco" (o **Cuatro remedios**) las verdades que curan al hombre del engaño. Curan en la medida en que sepamos: 1º, que los dioses no son de temer porque, si bien existen, lo hacen allá arriba

y tienen cosas más importantes que la vida humana, de qué ocuparse; 2º, que la muerte tampoco es de temer, porque ésta solamente consiste en la ausencia apaciguadora de todo hecho ulterior al acontecer del hombre; 3º, tampoco debe turbarnos la incertidumbre del azar o la casualidad, porque si lo aceptamos todo con ecuanimidad, la casualidad no nos sorprenderá desagradablemente; y por último, 4º, si nos liberamos del tráfago de la vida pública, no nos atormentará la ambición de los honores, ni nos afligirá el daño de las postergaciones. No hay que aspirar a la acción pública ni a la carrera de los honores. La vida política se ha hecho inalcanzable al hombre de las ciudades, salvo que tenga acceso al círculo áulico del imperio. Platón sí, tenía una filosofía política; pero las filosofías helenístico-romanas ya no tienen aspiraciones, ni formulación política. El horizonte imperial las rebalsa, y solamente enseñan cómo gobernarse a sí mismo.

## LA GNOSIS

Se trata de una de las formas místico-religiosas de la época y de las más virulentas, cuyo desarrollo viene realizándose desde los más remotos tiempos. La teoría platónica y su movimiento posterior del neoplatonismo le dio nuevos fundamentos filosóficos. Pues se trata de una **sabiduría** eminentemente ecléctica. Así se desenvuelve en textos, tales como los que forman el "corpus" del **Hermes Trimegisto**.

Luego, frente a la aparición y crecimiento de la luz cristiana, adoptó, a su vez, los modos exteriores, y trató de mimetizarse con las "formas" del Evangelio. Pero el resultado, en general, consistió en la adopción de formas heréticas: tales como los simonianos, los menandrianos, los saturnilitas, los basilidianos, los nicolaítas, los estratióticos, los fibionitas, los zaqueos, los borboritas, los barbelitas, los carpocracianos, los cerintianos, los nazarenos, los valentinianos, los ptolomeanos, los marcosianos, los ofitas, los cainitas, los setianos, los arcónticos, etc. En épocas posteriores, todas las escuelas dualistas: como los maniqueos, bogomilos, los cátaros, etc.; o los esoterismos: como la alquimia, o la cábala judía.

Tienen en común estas escuelas, la creencia en que no somos, ni pertenecemos a este mundo; y además, en el origen celestial del alma indestructible y divina. Mientras que el cuerpo, es fuente de todas las turbiedades enemigas de la "salvación", reconocía su origen en la materia, Principio — a su vez — del Mal. El odio al cuerpo y a la procreación, y el demencial anhelo de "pureza".

El gnosticismo prescribía una exigencia iniciática, y grados sucesivos de perfección. Había allí, mucha devoción unida a la superchería, asimilación a un exacerbado espiritualismo, que llevaba la imaginación hasta extremos inconcebibles. Con un odio básico por la vida y todas las maneras de la generación, que desembocaba en comportamientos enfermizos.

Para el cristianismo naciente, el gnosticismo llegó a ser un término de comparación para autodefinirse, y evitar confusiones con esas formas patológicas y regresivas de la espiritualidad. Necesitaba mostrar de qué manera la Revelación podía acomodarse para explicar, a inteligencias condicionadas por esas categorías mentales, la pseudo relación entre el alma y el cuerpo. Y la relación del alma con Dios, el destino final de las almas, la caída, la salvación.

Los Santos Padres de la Iglesia sin embargo, pudieron con su inspirada discreción, poner en claro, y con firmeza, los conceptos que diferenciaban y abatían la peste hedionda de la herejía. Y así, fueron definiendo con claridad, a la vez, la única vía de salvación, por entre la maraña de las opiniones desconcertantes.

## **OTROS MISTERIOS Y HEREJIAS**

En este tiempo aparecen como en un desfile incesante una serie de pretendidos "misterios" religiosos, junto con una gran cantidad de dioses filosóficos. Son los místicos astrólogos caldeos, los magos Farsis, los brujos iniciáticos, etc. Todos traen sus artilugios pseudo-milagrosos, los artificios mecánicos, los cultos orgiásticos. Es decir, un escenario de falsificación, un teatro de engaño y fraude alentado por una sociedad permisiva de todos los extremos morales. Un mundo de corrupción. Todo muy similar al ámbito en el que —según testimonio de los periódicos y otros medios— vivimos actualmente. Como si el siglo actual se

hubiera paganizado, y persiguiendo una sociedad hedonista, ha desembocado en el horror y la desesperanzada corrupción. En este mismísimo siglo XX de la tecnología nuclear y de las religiones esotéricas, trascendentales, junto con Beatles, hippies, drogas y los "Informes Wolfingen", etc. Tal como si también nos encamináramos hacia la destrucción, o hacia el desértico ateísmo marxista.

Los dioses orientales empezaron a poblar el Panteón Romano, y llegaron hasta el ciudadano como un rebote de sus incursiones conquistadoras, y depredadoras. Así, llegó Mitra, el dios de los soldados de Alejandro traído desde Persia, y abarcó con su influencia hasta la cuenca del Danubio. Era un dios capaz de exaltar las grandes aptitudes viriles, que son la fidelidad al juramento, el coraje, la amistad, la valentía. Mitra exigía, en su culto, ceremonias tan cruentas como el llamado taurobolio. En el cual el catecúmeno o neófito descendía a una fosa, desde donde recibía el baño de sangre del toro o novillo sacrificado arriba. Otros dioses como la ya mencionada Fortuna, importada por los emperadores filósofos, como Commodo, derivándola de la llamada **Tyché** (Fortuna) del pensamiento estoico. Lo mismo ocurría con Asclepios, el dios de la salud, con su correspondiente Serapis egipcio. Isis, Cibeles, Attis, con sus cultos pansexuales, y su traducción a la emigración a otros mundos.

Es decir, todo un panorama que revela la ansiedad del hombre de esos siglos. Que pone de manifiesto su necesidad de introducirse en el "más allá", de internarse inquisitivamente en el misterio.

## LOS SANTOS PADRES

Sobre este horizonte caótico del Imperio romano, el monoteísmo judío emerge como una doctrina sumamente intrigante para los paganos. Y dentro de ese monoteísmo, en el seno mismo de la sinagoga, se perfila el Cristianismo.

El Cristianismo fue resistido desde el comienzo. No solamente por las autoridades, sino también por el ciudadano pagano. En general, porque en realidad el cristianismo era para ellos intransigente, e intolerante: ya que se negaba apasionadamente a ubicar a Dios al lado de los otros "dioses". Es decir, que ellos hubieran aceptado cualquier religión que se aviniera a tolerar a esos otros "dioses" por ellos coleccionados.

Pero es evidente, que la Verdad cristiana fue invadiendo desde muchos ángulos este mundo. Pero no fue una doctrina que encendiera de manera súbita a la gran masa. Lo hizo penetrando con lentitud, convenciendo al mundo que deseaba la libertad, la liberación. Entraron por la Vía Regia de la liberación a través de la Verdad de Jesucristo.

Formaron las primitivas iglesias. Pequeñas comunidades visitadas en su inicio por los Apóstoles, luego informándose en torno a sus obispos. Confiadas en la tradición y en la ortodoxia progresivamente definida por los Primeros Padres de la Iglesia Católica. En el centro de esas comunidades fueron apareciendo, como convocados por el llamado del Señor, los Santos Padres. Sólo dentro de la zona de Palestina y Siria, y en el primer siglo en el Oriente medio, impregnando e impregnándose del ámbito del idioma griego. Lo cual significa que por el lenguaje penetran dentro de la tradición cultural griega, la más difundida de la antigüedad helenístico-romana. Si bien al principio comienzan por la determinación sucinta del Símbolo de la Fe (**Credo**), atribuido a los Apóstoles, como resumen de la buena nueva que buscaban difundir. Luego la **Didajé**, que sigue en la línea del apostolado y la Catequesis.

Ya en el segundo siglo se alza la voz de San Justino afirmando que la Sabiduría griega y la Sabiduría Cristiana no son excluyentes, y que en verdad hay que entender la Universalidad del Logos divino, en el hecho de que también, a su manera, se había revelado a los griegos a través de sus grandes sabios. San Justino es el formador de nuestra tradición cultural: es decir, que si el cristianismo ha elaborado todo lo que ha logrado asimilar de la Sabiduría griega y luego romana para forjar una unidad cultural más profunda y Universalista, ha sido por esta iluminación de San Justino, que le ha permitido advertir la tolerancia de los dos saberes en la medida en que confluyen hacia una misma meta.

Desde el inicial momento, la tónica general de los escritos patrísticos que hablan griego, ofrece por una parte la necesidad de asimilar este saber (para difundir en esa región la Palabra de Dios); pero igualmente, la urgencia de definir los límites para evitar las confusiones peligrosas. Esta es la misión, sobre todo, de los alejandrinos. Clemente, Orígenes ya son filósofos; además de grandes escritores, forman parte de la primera Institución catequética de Ale-

jandría. Polemizan con los filósofos paganos como Celso, y aún con la tradición filosófica griega. Orígenes inaugura y profundiza el método crítico para la exégesis bíblica, y crea la concepción tipológica que tanto ha influido para penetrar la iluminadora unidad de la Palabra Sagrada.

Lentamente la marea del Evangelio va a inundar asimismo el campo de la lengua latina. La Patrística latina cobra su esplendor después de las grandes batallas teológicas sobre los fundamentos mismos de la Fe. Es la era de los Grandes Concilios llamados a definir y a combatir la herejía naciente: Arrio y su abominable doctrina sobre la Persona de Cristo, provocan las definiciones que fundamentan la concepción trinitaria, y que a la vez ponen las bases para el descubrimiento progresivo de la luz mariana.

Los Padres apologeticos luchan contra la persecución oficial del Imperio, y luchan contra las incontables herejías y desviaciones que se producen. Son muchos los que, tomando el nombre de Cristo, tratan de llevar agua para su molino. Por allí anda la tentación de la pureza, son los puritanos, los que mucho más tarde serán llamados Cátaros; también los Maniqueos con su dualismo inaceptable (un Dios del bien y otro del mal). Los que exigen al hombre más de lo que puede: como los donatistas, los novacianos, los montanistas. Se discute el orden sagrado: si el sacerdote tiene derecho a consagrar cuando defecciona en su vida privada. Novaciano que no quiere aceptar a los que vuelven, después de haber abjurado del cristianismo por torturas. Montano quien exige se le crea que el Espíritu Santo puede hablar a través de su palabra: se suponía que era capaz de despertar en él al Espíritu divino, cuando caía en estado de éxtasis. Por lo demás, tenía un rigorismo de costumbres que fue lo que tal vez sedujo a ese gran africano que se llamó Tertuliano, decidido a sostenerlo.

Pero de todas las herejías de este primer evo de la Iglesia, la peor es la arriana. En torno a Arrio y a su contumaz doctrina, se va a desarrollar un combate que desborda el sentido de lo metafórico para traducirse en luchas sangrientas. Luchas que además de producir muertes y persecuciones como las del gran Atanasio, corroyó muchos espíritus y los hundió en el abismo. Las tesis de Arrio, resumidas en forma elemental, consistían en lo siguiente: Cristo —según él— era persona humana beatificada y elevada por la divinidad a su

seno. El Padre y el Hijo tenían distinta sustancia. El Hijo era parte de la creación. El célebre debate sobre **homoyusia, y homousía**, que tantas cabezas descalabró en el Imperio Bizantino, y también entre los pueblos bárbaros germánicos.

Pero como un alto estandarte invicto se proyecta el Concilio de Nicea, convocado por ese gran emperador que fue Constantino, para definir ese fundamental artículo de Fe: la divinidad de la persona del Hijo. Cristo es Dios, que asumió y padeció el mal desencadenado por el pecado del hombre. Y nos llevó hacia la salvación.

Constantino fue el primer emperador cristiano. Con él se inauguraba una nueva etapa de las relaciones entre la Iglesia y el estado. Al elevarse al Cristianismo como religión del Imperio, el emperador podía aspirar a ejercer la responsabilidad sacramental y sacerdotal, tal como lo hicieron los emperadores de Bizancio. En Roma no fue así. Desde el inicio, en Roma se diferencian los dos ámbitos: el religioso y el social y político. El Obispo de Roma asumió desde el principio la conducción de la Iglesia Universal, tal como Clemente de Roma lo explica.

La convocatoria del Concilio de Nicea fue, sin embargo, obra del emperador Constantino. Y este Concilio marca un hito decisivo en la historia del dogma de la Trinidad, al aclarar la naturaleza de Cristo, y su ubicación en la procesión de las Personas divinas.

La otra gran herejía de esta época, y que también está referida a la naturaleza de Cristo, la constituye la tesis llamada monofisismo. Esta tesis fue combatida en el Concilio de Calcedonia, en el cual se llega a una conclusión claramente válida en la Iglesia romana; en cambio, en la Iglesia ortodoxa ha seguido insidiosamente perturbando hasta el día de hoy. El monofisismo considera que las dos naturalezas de Cristo, la naturaleza humana y la divina, son reductibles la una a la otra. O sea, Cristo o es hombre o es Dios, o realiza imperfectamente alguna de esas naturalezas. No admite dejar en el misterio la relación de las dos naturalezas en Cristo.

En el centro de tan graves misterios teológicos, se debatió victoriosamente esa excelsa generación de hombres de santidad probada, sin duda guiados por



el Espíritu Santo para llevarlos a la claridad de la inteligencia. Su obra es tan vasta, su esfuerzo a tal punto ciclópeo, que sería suficiente con contemplar en una Biblioteca la cantidad de volúmenes que escribieron. Y detrás de esos volúmenes escritos, comprender tantas aventuras interiores vividas, tanta iluminación espiritual, tanta fidelidad a la Palabra de Dios, para tener una primera idea de su esfuerzo. Hoy, además de conmover, enseñan, son fuente de doctrina firme, para todas las vacilaciones.

Los Santos Padres eligieron, más allá del **Imperium** temporal, el Imperio del Espíritu. Eligieron la Iglesia. Esta misma Iglesia que hoy continúa por encima de los embates milenarios, navegando sin alterar su rumbo.

Los Santos Padres construyeron. Su hacer se transformó en doctrina. Esta es la enseñanza mayor que han dejado para las generaciones futuras. Congregados al ámbito de la Verdad, realizaron su tarea en un mundo que se desplomaba. Construyeron en medio de la destrucción.

Hoy que la destrucción amenaza con arrasarlo todo, podemos aprender en ellos, la alta tarea de la fe que continúa la creación de Dios.

Este Cuaderno Dos  
de la serie Evocaciones Patrísticas  
se imprimió en el Departamento Imprenta de la Dirección General de Administración  
del Ministerio de Bienestar Social de la Provincia de Buenos Aires,  
En la Ciudad de La Plata  
para la Pascua  
del año del Señor 1978.

**Cuaderno 3 (en prensa):**  
**GUSTAVO E. PONFERRADA,**  
**San Justino, filósofo y mártir.**

“Justino, hijo de Prisco, uno de ellos” (de los cristianos perseguidos), es uno de los testigos más interesantes del s. II.

No es un eclesiástico sino un laico; no es un teólogo sino un filósofo; no es un cristiano desde la niñez sino un pagano convertido. Y sin embargo ocupa un lugar de primera fila entre los Padres apologistas; elabora una teología mucho más amplia y profunda que la de la mayoría de los autores posteriores a él; muestra una adhesión a la fe que excluye los resabios paganizantes que se notan en cristianos de su época y aún de épocas más recientes. Y mereció el galardón de dar su vida por Cristo.

